

El debate sobre los campesinos

Mucho se ha escrito y dicho acerca del campesino y de la agricultura. Análisis, opiniones, ataques y denuos, defensas apasionadas, manejo de cifras, mención de experiencias. . . Manifestaciones que desde hace mucho tiempo forman en México —y cabría decir que en el mundo— una verdadera catarata.

Tan vasta polémica no es en manera alguna fortuita o caprichosa. Corresponde a un ingente fenómeno social cuyo desarrollo, en un sentido o en otro, afectará no sólo el destino inmediato de numerosísimos hombres y el futuro de sus descendientes, sino también la marcha de la economía y aun el carácter de la sociedad toda.

En épocas recientes, preciso es reconocerlo, la discusión se ha hecho más viva porque los problemas rurales tienen ya el dramático color de la más extrema urgencia. Durante la Revolución el rostro de México era campesino. Después, con la industrialización perentoria, realizada bajo la cobija del desarrollo estabilizador, se quiso borrar para siempre esa imagen. Sin embargo, acaso más que nunca, los campesinos están hoy presentes en la vida nacional. La mayoría se apega a la tierra, por insuficiente que sea para satisfacer sus necesidades mínimas. Otros viajan de un extremo a otro del país, siguiendo la estacionalidad de los cultivos comerciales para alquilar sus brazos por mísero jornal. Acuden a las ciudades, como marea incontenible, en busca de empleo y de mejores condiciones de vida y contribuyen al desmesurado crecimiento urbano y al surgimiento de nuevos y graves problemas. Emigran al país del norte y son por ello causa de fricciones diplomáticas. Y en muchas partes, dondequiera que se les han garantizado condiciones apenas mínimas, realizan esfuerzos tesoneros para subsistir y defienden sin tregua su estilo vital de hondas raíces. . .

Entre los polemistas hay defensores tradicionales o románticos del ejido, adalides a ultranza de la vía capitalista en la agricultura y quienes postulan que la economía campesina está condenada a una fatal desaparición, independientemente del orden social dominante.

Pero también hay partidarios de formas de organización agraria que, basadas en una concepción multifacética (cultural, política, social y tecnológica), definen modalidades viables de economía agrícola capaces de conciliar la justicia y la eficiencia. Dichas modalidades deben apoyarse en la experiencia histórica para adaptarse a las características y peculiaridades de tiempo y lugar, a fin de lograr un equilibrio dinámico entre el hombre, el medio y un orden social de realización plena. Así, en aquellas regiones con economía agrícola arraigada se considera necesario apoyar la producción de manera que se fortalezcan los valores ancestrales de la familia rural. Igualmente, en las zonas agropecuarias con otras formas de organización laboral se buscaría aprovechar al máximo las posibilidades de la división y especialización del trabajo, implantando patrones justos de distribución del producto social.

En las páginas de *Comercio Exterior* se han difundido numerosas manifestaciones de la discusión en torno a los problemas del campo.¹ En este número la revista recoge una vez más esa tradición y confirma otra, iniciada en diciembre de 1975, de cerrar el año con una edición especial en la que se debaten, desde distintos puntos de vista, cuestiones de importancia en los ámbitos nacional e internacional. □

1. Véase, por ejemplo, la revista de mayo de 1975 (vol. 25, núm. 5) o la de su vigesimoquinto aniversario, de diciembre de ese mismo año.